

**DISCURSO DE CONTESTACION
AL DE INGRESO EN LA REAL ACADEMIA
SEVILLANA DE BUENAS LETRAS DEL
EXCMO. SR. D. ALFREDO JIMENEZ NUÑEZ**

LEIDO POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL OLIVENCIA

DIA 3 DE DICIEMBRE DE 1989

Recibe hoy nuestra Real Academia a un sevillano de buenas letras. Al calificar así al nuevo académico, cumplo simplemente una de las misiones del discurso de contestación, que es la de presentar la personalidad y la obra del recipiendario. Alfredo Jiménez Núñez es, ante todo, un sevillano que ha hecho de las letras un buen instrumento de su obra intelectual, de estudio, de investigación, de docencia, de cultivo y transmisión de los saberes. Un sevillano sabio.

Sevillano de sangre y de cuna. He aquí una nota definitoria de su personalidad, porque el lugar de nacimiento no es un mero dato biográfico, sino un condicionante de su «identidad» y de su «naturaleza». Quizás estos términos, desgastados en su uso jurídico, hayan ido perdiendo la fuerza de su verdadera acepción, de su sentido filosófico, que es el de diferenciar —«identificar»— a una persona por su esencia —«naturaleza»—. El ser «natural» de Sevilla no es en Alfredo Jiménez Núñez una circunstancia expresada en su D.N.I., sino una razón que, al explicar su origen, explica su «mismidad» y su propia trayectoria humana. El origen es punto de partida, que en la persona imprime el sentido del curso de la vida. Alfredo Jiménez Núñez nace en Sevilla y de familia sevillana; a partir de ese origen, hay que descubrir su propia personalidad y su «currículum». Sevilla es, más que el escenario, el ambiente de su ser y de su existir. Vio la luz en el casco antiguo, en ese exponente urbano de la ciudad vieja que es

la calle de Santiago; una calle que, en corto y angosto trazado, mantenía vecinos —cercanos, próximos— al clero, la nobleza y el pueblo. Juntos, la Iglesia de Santiago, la casa de los Marqueses de Villapanés y el Corral del Conde, entre los que se mezclaba un conjunto de casas modestas de clase media. La Sevilla urbana separaba gremios y nacionalidades —boteros y chapineros; francos y alemanes...— pero unía en apretada síntesis estamentos y clases sociales, que convivían en inmediata vecindad, en collaciones, en la unidad de la feligresía, sin limitaciones de polígonos ni barriadas.

La calle de Santiago era todavía esa síntesis de estructuras sociales cuando en uno de sus hogares de clase media —casa vecina a la mayor «casa de vecinos» de Sevilla, el Corral del Conde— nació, recién proclamada la II República, Alfredo Jiménez Núñez. El lugar de nacimiento y de domicilio familiar comenzó condicionando su educación: alumno del cercano Colegio de los Escolapios, de la plaza Ponce de León, y, más tarde, del Instituto de San Isidoro, de la calle Amor de Dios. Sevillano es también Alfredo Jiménez Núñez por su formación universitaria. Aquí cursa sus estudios de Licenciatura, en la Facultad de Filosofía y Letras, Sección de Historia de América, y se doctora, cum laude, en 1967.

Su brillante carrera académica está vinculada a nuestra Universidad: en 1967 obtiene la plaza de Profesor Adjunto y en 1970 gana las oposiciones a la Cátedra de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, en la que ha sido, además, Director de la Biblioteca, Director del Departamento de Antropología y Etnología de América, Secretario y Decano. A Sevilla unió, por amor y por vocación, su trayectoria universitaria y no quiso abandonarla siquiera ante la vanidosa tentación de suceder al maestro de su maestro, el Prof. Ballesteros, en la Cátedra de la Universidad Complutense, cuando Madrid era, todavía, para muchos, meta final ansiada en la carrera docente.

Y eso que Alfredo Jiménez Núñez es de los sevillanos que saben vivir fuera de la sombra de la Giralda, que buscan nuevos horizontes, que aspiran a conocer otras tierras y otras gentes, quizás para fundamentar más sólidamente su amor por Sevilla. Nuestro nuevo académico, lo ha demostrado en su discurso, es un viajero asiduo, experto y atento. Sus «andanzas» —como él las denomina— han sido claves de la especialización científica y de la actividad investigadora de este Profesor, que ha sabido hacer de su experiencia viajera un medio de adquisición de conocimientos de nuevas realidades, de otros pueblos,

de otras lenguas. En 1960, recién licenciado en nuestra Universidad, sale de ella para desempeñar funciones docentes como «Assistant Professor» en la de Maryland, rica experiencia que prolonga hasta 1963 y que repite entre 1965 y 1967. En 1963 obtiene beca del American Council of Learned Societies para estudios e investigaciones en Estados Unidos, que cursa en la Universidad de Chicago, en cuyo Departamento de Antropología alcanza el título de «Master» con una tesis sobre los hispanos de Nuevo México, centrada en el proceso de contacto cultural entre indios, hispanos y anglos.

Cuando Alfredo Jiménez llega a Santa Fe, capital del Estado de Nuevo México, para iniciar su trabajo, escribe entre sus primeras impresiones: «...nos ha producido la sensación de "estar en España", o mejor, dicho, en ese trozo del sur de España al que por nacimiento y por vida pertenecemos». En esos títulos —«por nacimiento y por vida»— y en ese reconocimiento de «pertenencia» está la confesión de este andaluz, sevillano, del vínculo permanente con su tierra. Y es curioso que utilicemos el posesivo mi pueblo, mi tierra, que denota pertenencia, cuando realmente somos nosotros los que pertenecemos al pueblo o la tierra, que en cierto modo nos «posee». Alfredo Jiménez pertenece a Sevilla, a Andalucía, está poseído por esta ciudad, por esta región; y por eso sus viajes, numerosos y largos, han sido siempre, como se dice en términos marineros, «redondos», con regreso al punto de partida. De Sevilla zarpa y a Sevilla arriba. Aquí rinde viaje y aquí rinde cuentas de sus viajes, ofreciendo el saldo de su experiencia. Sirva como ejemplo que su trabajo sobre *Los Hispanos de Nuevo México*, realizado en los Estados Unidos y cuya parte fundamental presentó como tesis para la obtención del Master en la Universidad de Chicago, lo dio a la imprenta en Sevilla y el libro vio la luz en la Serie «Publicaciones del Seminario de Antropología Americana» de nuestra Universidad (Sevilla, 1974).

Pero también en las escalas de sus viajes, el Profesor Jiménez Núñez ha sabido rendir cuenta del estado de la ciencia que cultiva y de sus investigaciones. Su actividad docente en Universidades extranjeras y en participación en seminarios, conferencias y congresos internacionales arrojan un impresionante «currículum». Chicago, Filadelfia, Nueva York, Columbus, Kansas City, México, Guatemala, Nicoya, Asunción, Brasilia, Buenos Aires... han sido en tierras americanas escalas de esos viajes de trabajo y tribunas del magisterio de este Profesor español que, dando prestigio a la Universidad y a la ciencia de su patria, se ha ganado el suyo, reconocido hoy amplia-

mente en el nuevo mundo del americanismo y de la antropología americana. No es la cortesía académica de un discurso de contestación; es, en este caso, el testimonio de quien ha tenido la suerte de «hacer las Américas» con Alfredo Jiménez Núñez y el orgullo de comprobar la alta consideración de que gozan en medios universitarios y culturales de aquel continente —de Norte, Centro y Sudamérica— la figura y la obra de nuestro nuevo académico.

Este sevillano viajero —¿o viajante?— de la ciencia, que diserta en inglés en un aula de Chicago y regresa a su patria a vestir en Semana Santa la túnica de la Hermandad del Museo, ha rendido también a Sevilla el servicio de abandonar transitoriamente su actividad universitaria, docente e investigadora, para asumir la Dirección del Área de Asuntos Culturales de la Oficina del Comisario General de la Exposición Universal de Sevilla 92. Lo ha hecho, sobre todo, por sevillano y por Sevilla. Sin duda, había más razones en el ofrecimiento del cargo que el Comisario le hizo: su sólida formación intelectual, su experiencia internacional, su especialización en antropología cultural y su vocación americanista, tan importantes para el cometido que se le ofrecía; pero estoy seguro de que en la aceptación de Alfredo Jiménez pesó, más que cualquier otra consideración, la voluntad ilusionada de colaborar en un proyecto que, desde Sevilla y en una fecha clave, representa, a la vez, un gran reto y una gran ocasión de España ante el mundo. Alfredo Jiménez Núñez ha puesto al servicio de ese proyecto su excepcional capacidad de ideas y de trabajo, su rigor, su serio sentido de responsabilidad y hasta su espíritu de sacrificio; en una labor siempre difícil, a veces ingrata y sólo cumplidamente retribuida por la satisfacción personal que da el cumplimiento de un deber.

Porque este sevillano, que conoce y ama a Sevilla, es, además, sabio, en toda la extensión de la palabra. La sabiduría no es sólo acumulación de conocimientos; es, ante todo, una virtud de la conducta, del modo de ser, de estar y de hacer, del «talante», como dice la expresión en boga. Alfredo Jiménez Núñez no responde al falso modelo del sevillano «de exportación», a ese banal personaje de superficie alegre y dicharachera, más inventado desde fuera que producido desde dentro. El sevillano sabio es reflexivo y serio, prudente y templado, profundo y riguroso, modesto y humilde. Eso es ser sabio; su contrario es el necio, el frívolo, el ignorante, el «gracioso» que pretende caer en gracia, el osado, el acomodaticio, el vanidoso, el soberbio. En la moral sevillana hay contra todos esos pecados una

virtud que resume y comprende otra muchas: la sabiduría. Es virtud popular, de un pueblo que ha ido acumulando saberes —entre ellos, el «saber estar», el «saber hacer», el «saber por dónde se anda» y hasta el «sabérselas todas»— a lo largo de milenios. Y a esa categoría —¡gran categoría!— de sevillanos sabios pertenece con plenitud de títulos nuestro nuevo académico.

Pero es también sabio en la otra acepción del vocablo; es «sabedor», conocedor profundo de ciencias, letras y artes, docto. Y, dentro de esa jerarquía del saber, pertenece a la clase más excelsa y eminente: la del sabio que no sólo, a través del estudio, adquiere conocimientos, sino que los incrementa a través de la investigación y los transmite a través de la docencia. Alfredo Jiménez Núñez es un universitario que investiga y enseña, que descubre y crea, que cultiva y difunde ciencia.

Su especialidad —la antropología— es tan compleja como el objeto de estudio de esa disciplina —el hombre, el ser humano—. Una ciencia que surgió centrada en el cuerpo humano, en las características de sus variedades y razas, para extender después su ámbito a toda la realidad del hombre, a su esencia espiritual —ánímica, psíquica— y a su integración social —en grupos, en comunidades, en pueblos—. El profesor Jiménez Núñez cultiva prioritariamente la Antropología cultural —la cultura como sistema de ideas, modo de vida y nivel de conocimientos de un grupo social a través de la historia—, la Etnología —el hombre como miembro de un grupo social—, y ha hecho de la «etnohistoria» —el estudio de la evolución de los diferentes grupos sociales por medio de la documentación escrita— su método de investigación. Ha acercado, con esa visión metodológica, la Antropología a la Historia; ha desprendido a la primera de estas disciplinas de su enfoque puramente empírico y le ha dado un carácter de profundidad temporal que le permite la mejor interpretación del presente.

Jiménez Núñez, es a la vez, historiador y antropólogo, y, en una palabra, humanista, estudioso del hombre y de las humanidades. El hombre (el *homo sapiens*) y sus ideas —sus convicciones, sus creencias— están siempre en el centro de su atención. La cultura no es sino un repertorio de ideas compartidas y vigentes en un determinado momento y en un grupo social. En el estudio de los grupos sociales, Jiménez Núñez se ha centrado en sus atributos culturales y no se ha limitado a un análisis comparativo de sus diferencias, sino que ha realizado una investigación de su dinámica, de su evolución en el

tiempo, de los contactos entre diversas culturas y de los cambios que en virtud de ese fenómeno se producen. La coexistencia en un mismo espacio geográfico de grupos étnicos diversos, dotados de diferentes culturas, abre entre éstas un haz de relaciones que puede desembocar en consecuencias muy dispares: la superioridad del «grupo dominante» sobre la «minoría étnica» —no siempre traducible en términos aritméticos de mayoría y minoría—, la asimilación, la «aculturación» —¿o transculturación?—... pero, en definitiva, la comunicación entre sistemas culturales diferentes y antes aislados siempre da origen a cambios, que pueden llegar a afectar a la identidad de alguno o de todos los sistemas protagonistas de fenómeno.

No es de extrañar, pues, que Alfredo Jiménez Núñez haya hecho de América el campo predilecto de sus investigaciones. Americanista por vocación y por formación, ha estudiado el «Nuevo Mundo» como una realidad que surge históricamente del encuentro entre culturas diversas y, en primer lugar, de la española y las indígenas. Sólo a partir del conocimiento —y del reconocimiento— de estos ingredientes culturales puede interpretarse la Historia de América, que es una historia de contactos, injertos, impactos, flujos y reflujos de culturas. El «mestizaje» no es sólo un fenómeno racial, es también cruzamiento de ideas, de creencias, de formas de vida, que da origen a una realidad nueva.

El Prof. Jiménez Núñez ha estudiado, desde esa perspectiva, el proceso histórico y la realidad actual de la América hispana. Sus investigaciones se han centrado en México y América Central, y, fundamentalmente, en el que fue territorio de la Audiencia de Guatemala, sede de la cultura maya. El Archivo General de Indias y los archivos mexicanos y guatemaltecos han sido las fuentes documentales de su investigación, completada con un intenso trabajo de campo, de reconocimiento etnogeográfico y de estudio etnohistórico en tierras de Guatemala. Fruto de esa labor son sus numerosas publicaciones sobre estos temas, que hacen de él una primera autoridad en la antropología cultural de aquellos países.

A la realidad actual de la población hispana en América ha dedicado Jiménez Núñez su importante monografía sobre *Los Hispanos de Nuevo México*, una aportación fundamental a la antropología cultural de las minorías de origen español en los Estados Unidos. El proceso de asimilación experimentado por estas minorías desde la anexión a los Estados Unidos de los territorios de asentamiento, se vio acelerado en el caso de Nuevo México por la creación, en 1943,

del Laboratorio de Los Alamos, dedicado a la fabricación de la primera bomba atómica. Los contactos entre «hispanos» y «anglos», enmarcados en la nueva realidad social, demográfica, económica y laboral surgida en torno a Los Alamos, provocaron, desde entonces, espectaculares cambios, que el Prof. Jiménez Núñez analizó *in situ* y expuso en un interesante libro. El cambio en la «cultura material», en las condiciones de vida y de trabajo de la comunidad hispana, lleva también consigo alteraciones en su propia organización social y familiar y, sobre todo, en su lengua —el español—, el índice más expresivo del proceso de «aculturación».

Pero, por debajo de los méritos científicos de esta obra, hay un dato entrañable, relacionado con el método de trabajo que la investigación imponía. El antropólogo se desplaza a Nuevo México y fija su residencia durante un largo período (entre 1964 y 1965), en el pueblo llamado Española, que elige como área idónea para su estudio. Va acompañado de su familia —su esposa Beatriz, colaboradora en sus tareas científicas, y dos hijas—. Durante la estancia en Nuevo México nace la tercera hija del matrimonio. El antropólogo escribe en sus «Notas del Diario de Campo»: *Nacimiento y bautizo de Lolita*. La niña, tras estampar las huellas dactilares de sus pies en el certificado de nacimiento, se inscribe en el censo bajo el epígrafe «blancos con apellido español». ¡El estudioso de la comunidad hispana de Nuevo México había contribuido a su aumento!

Hay en la amplia bibliografía del Profesor Jiménez Núñez otra obra que no quiero dejar de mencionar en este acelerado bosquejo de su producción científica: la *Biografía de un campesino andaluz* (Universidad de Sevilla, 1978). Es la vida de un hombre de campo, de Villamanrique de la Condesa, narrada oralmente por él al antropólogo y transcrita por éste en un librito que tiene toda la grandeza de las cosas sencillas de nuestra tierra. Es la confesión ingenua, espontánea, sincera y viva de un andaluz rural, de unos de esos millones de campesinos andaluces, que, a través del limpio cristal de su honradez, transparenta la vida real, las vicisitudes históricas, las formas de vida, las costumbres; en definitiva, la cultura de nuestro pueblo. El interés humano de esta obra resalta sobre su indudable interés científico, centrado en la utilización de la historia oral como método etnográfico y en el empeño de Alfredo Jiménez Núñez de acercar la Historia a la Antropología. Brotan de la narración la memoria histórica —recibida por tradición oral de padres y abuelos—; las vivencias personales, centradas en hechos capitales de la biografía— el servicio militar, la

guerra civil —y disueltas en lo cotidiano— el trabajo en el campo, el descanso en la taberna, la vida familiar, las fiestas del pueblo...—. Pero es en lo cotidiano donde se encuentra la hondura del campesino, su filosofía, su modo de entender el mundo y la vida. Una obra, en fin, en la que, de la mano de su autobiografiado, Alfredo Jiménez Núñez nos acerca, con escrupulosa delicadeza, al alma de nuestro pueblo, a la cultura andaluza, a la verdadera y propia cultura de Andalucía, que tanta savia dió al injerto americano.

El profesor Jiménez Núñez ha cosechado los mejores frutos de su investigación y su docencia ejemplares. El magisterio universitario se consagra en la creación de una escuela, nutrida de discípulos que sigan las enseñanzas del maestro. Este profesor puede sentirse orgulloso de su obra, porque ha creado en Sevilla una auténtica escuela de antropólogos americanistas que, continuando sus líneas y métodos de investigación, en una copiosa producción científica, acredita la autoridad del maestro.

Hoy llega, con esos méritos, a esta Casa y nos brinda el precioso discurso que acabamos de oír. América, de nuevo, en su retina. Algo más que las impresiones fugaces de un viajero de paso; una reflexión amorosa de la multiforme realidad del Nuevo Continente, construída más sobre las vivencias personales de un observador atento que sobre la información documental de un estudioso. No es la crónica viajera del visitante de ocasión, que narra las impresiones superficiales de lo que más llama su atención —por lo general, lo exótico, lo chocante—; es la meditación de quien, antes de viajar, ya había imaginado y amado la tierra que después descubre y describe.

Alfredo Jiménez Núñez nos ha descubierto y descrito su América, la que tiene realidad en su conocimiento. Ha hablado de «sus descubrimientos», con empleo de una palabra que ha pasado a ser polémica y en cuya validez semántica no ha querido entrar. Es curioso que hoy se tache de presuntuosa o vanidosa la expresión «descubrimiento de América», por entender que ensalza el papel activo de la expedición española y relega a un papel pasivo a los pueblos, culturas y tierras del otro lado del Atlántico —cuya preexistencia nadie discute—, cuando, en definitiva, «descubrir» no es sino reconocer un estado de ignorancia anterior. La vieja y sabia Europa ignoraba, desconocía la existencia de aquella realidad que el viaje de 1492 le puso de manifiesto, le hizo patente, porque para ella estaba oculta. Europa había vivido hasta la Edad Media encerrada por Occidente —creyéndose «el» Occidente— en los límites del Fi-

nis Terrae y del Non Plus Ultra. Los descubrimientos geográficos que en el Atlántico —en la mar tenebrosa— emprenden desde la Península Ibérica —primero, los portugueses; después, los castellanos— comienzan a desvelar lo oculto, a conocer lo ignorado. Y en ese camino de los descubrimientos, el viaje de 1492 es tan importante, que pasa a ser el «descubrimiento» por antonomasia. No hay en el término ninguna vana ostentación, sino el reconocimiento de haber vencido a la ignorancia.

Pero cada uno es «descubridor» de sus propios conocimientos, y Alfredo Jiménez Núñez nos ha narrado sus «descubrimientos» de América. Nos ha descrito un mosaico de múltiples piezas y variados colores para ofrecer su visión de la realidad compleja y contradictoria, en su diversidad y en sus contrastes, que encierra aquel Continente. Y si su antecesor en la Academia, el pintor Grosso, «escribió con pincel», Alfredo Jiménez ha compuesto con buenas letras ese mosaico americano, en el que cada pieza y cada color tiene un significado, un sentido, una interpretación, un matiz. Bajo su guía experta, hemos pasado de las islas del Caribe a Tierra Firme, de Chicago a la selva del Xingú, de anglos, a hispanos, a indios y a afros; y el antropólogo ha dejado de hacer etnografía para hacer arte en la belleza de esta pieza oratoria, plena de inspiración, de ideas y de sugerencias. Para mí, también de vivencias y recuerdos; algunos compartidos con Alfredo Jiménez Núñez. Hace sólo unos meses subí con él desde la ciudad de Guatemala a Chichicastenango en día de mercado y gocé de ese descubrimiento del sincretismo americano de hispanos, indios y mestizos, de curas y brujos, de urbanismo español y tradiciones mayas, que hasta en los efluvios de su templo me transportó, como en sueños, a un mundo ignoto, quizás presentado e imaginado, pero hasta entonces nunca vivido. Mi compañero de viaje me descubrió lo que él ya había descubierto.

* * *

Tras las «grandes zancadas» de un largo viaje, el nuevo académico ha llegado al reposo de sus reflexiones finales y ha centrado éstas en la inminente conmemoración del V Centenario de la presencia de España en América. Dos posturas, ante este acontecimiento, ha censurado el profesor Jiménez Núñez: la de quienes, acusando a España de errores y abusos, claman contra la conmemoración, y la de quienes, encogidos por ese ataque, adoptan con escrúpulos actitudes vergonzantes y huidizas.

Sin duda, las interpretaciones históricas de aquel acontecimiento y de sus consecuencias han tendido a radicalizar las posiciones en lo apologético y lo negativo; y en esos polos extremos no se han hecho lecturas objetivas, sino «leyendas» fantásticas de la historia. Entre el rosa y el negro hay una amplia gama de colores; como en el acontecer histórico hay siempre luces y sombras, claroscuros y penumbras.

La fecha de 1992 no puede hacer caer ni en la tentación nacionalista de meras exaltaciones gloriosas, ni en el complejo de responsabilidades heredadas. Es ocasión de reflexionar serenamente sobre el pasado, de descubrir las verdades de la historia y de este presente, hijo de la historia. No quedemos atrapados en las redes del pasado ni intentemos remontarlo contra corriente; no podremos mejorarlo ni empeorarlo, por muchos tintes que intentemos verter sobre él. Lo que está en nuestras manos es el futuro y, entre todos, sí podemos construir su proyecto y hacer posible su realización. Este es el gran reto de los pueblos a los que la historia ha hecho miembros de una familia de naciones, partícipes de una comunidad tan auténtica, tan real, que ni ha necesitado instrumentos jurídicos de constitución, y ni siquiera tiene un nombre (¿Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica...?); pero existe, está ahí, con todo el vigor de las realidades históricas, apoyada en un fondo común de valores culturales —que por ser común, a todos pertenece y a ninguno en exclusiva—, aguardando ese proyecto siempre diferido que haga de ella una comunidad operativa, actuante, fortalecida por la solidaridad y encaminada hacia el futuro a través de planes conjuntos.

Esa es la ocasión del 92, sobre la que los pueblos que integramos la comunidad debemos pronunciarnos, desde la igualdad de todos y la libertad de cada uno, para decidir si los valores comunes de cuya titularidad participamos pueden convertirse en vínculos de cooperación, de acciones unitarias; en un momento histórico, además, en el que la comunidad internacional se estructura, cada vez con mayor énfasis, en áreas supranacionales desde las que se rigen intereses mutuos y solidarios.

Esa es la ocasión y este es el reto. Aprovechar aquélla y responder a éste exige, de todos, esfuerzo ilusionado, preparación y decisión. Hacia ahí ha de orientarse el sentido de la conmemoración. España no puede renunciar al papel que la historia le da en esta fecha, sino que ha de asumirlo con la responsabilidad y la importancia que la ocasión reclama. ¿Lo haremos? ¿Lo estamos haciendo? En su discurso, Alfredo Jiménez no se ha librado de formular esa objeción tan

española de comparar con modelos extranjeros: «¿Qué haría Francia en 1992...?» Y para imaginar la respuesta se ha fijado en lo que han sido las dos conmemoraciones centenarias de la Revolución francesa: la primera, una Exposición Universal; la segunda, tan reciente, un programa de actos culturales, que Alfredo Jiménez ha calificado de «espléndido», aunque no se ha salvado de críticas internas en los medios intelectuales y de comunicación del país vecino. Pero, eso sí, los programas conmemorativos han llenado América de celebraciones y yo he visto una gran capital del Norte —Chicago— engalanada de gallardetes con la leyenda «Francia y América, compañeras en la libertad». Buen lema para enganchar en ideas nobles la grandeza de una conmemoración.

No hay que cerrar los ojos a lo que acaece fuera, pero tampoco se puede incidir en el error de imitar miméticamente modelos que responden a realidades y a idiosincrasia muy distintas de las nuestras.

España se prepara para la conmemoración de 1992 y, además de los programas que son competencia del organismo creado a tal fin —la Comisión Nacional para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América—, existe otro específico, al que Alfredo Jiménez Núñez presta ejemplarmente el servicio de su valiosa, entusiasta y decidida colaboración: la Exposición Universal Sevilla 92.

La ocasión conmemorativa es aquí el motivo de la convocatoria, no el objeto —material ni formal— de la Exposición. Tiene ésta el sentido de «universalizar» la conmemoración, de concitar la presencia en un mismo lugar y al mismo tiempo, de participantes y visitantes, de naciones, organismos, hombres y mujeres de todo el mundo, de todos los pueblos y culturas, en torno al lema «La Era de los Descubrimientos». En ese plural y en el planteamiento amplio y ambicioso que denota no se trata de diluir la importancia del Descubrimiento del que se cumple medio milenio, sino de enmarcarlo en el panorama histórico y en el prodigioso fenómeno del genio humano que es la capacidad de descubrir.

El Profesor Jiménez Núñez aporta a este proyecto su colaboración eficazísima en la construcción de las ideas, plasmadas esencialmente en el Plan de Contenidos de la Expo 92, en cuyo elaboración ha desarrollado un trabajo eminente.

Si el «propósito» de la Exposición es —según su Reglamento General— contribuir a la comprensión de sí mismo y de sus semejantes por parte del hombre, a través de una demostración de sus logros, Alfredo Jiménez ha realizado una recta interpretación y un acertado

desarrollo de ese precepto. El protagonista del lema de la Exposición es el hombre —el ser humano—; sus «logros» son los resultados de esa capacidad descubridora —de hallar lo ignorado, de desvelar lo oculto, de crear lo nuevo...—. Una capacidad que es constante en la historia de la humanidad, pero que adquiere especiales impulsos a fines de la Edad Media y en el alumbramiento de la Moderna, en virtud de los descubrimientos geográficos y, como hito de éstos, con el de América. Comienza ahí una «era», una época histórica, caracterizada por fuertes transformaciones en las formas de vida y de cultura y de avances en los conocimientos, a través de nuevos y sucesivos descubrimientos. Cinco siglos de innovaciones constituirán la demostración de esos logros, a los que Expo 92 quiere rendir homenaje. Pero hay en sus propósitos un mensaje de vanguardia y de futuro, de esperanza en nuevos descubrimientos, que contribuyan al bienestar de la humanidad, de una humanidad solidaria que desea descubrir, sobre todo, un mundo nuevo de justicia y de paz.

Por eso hablamos de una exposición humanista, que ensalce al hombre como descubridor y a la humanidad toda como beneficiaria de los descubrimientos; que señale que éstos no consisten sólo en los avances de las ciencias naturales y de la tecnología, sino que abarcan todas las ciencias del espíritu y la creación artística; que el progreso no consiste en el dominio de la naturaleza, sino en el servicio de una vida digna para el hombre; que no hay progreso cuando el señorío sobre las cosas lleva a la destrucción de la dignidad humana o de la morada en la que la vida del hombre se desarrolla; que esta nueva era de descubrimientos científicos y técnicos exige un nuevo orden ético y jurídico que estimule un uso recto y solidario; que, en definitiva, aliente los futuros descubrimientos con un horizonte de esperanza en la solución de las carencias que todavía padece una humanidad que se considera «de progreso».

Se trata de contribuir a humanizar la ciencia, de no caer en el papanatismo del progreso por el progreso, sino de procurar los beneficios de su aplicación en servicio de toda la humanidad. Será el mejor mensaje: no contraponer humanismo a ciencia y tecnología, sino emparar de humanismo el espectacular avance científico y tecnológico alcanzado por el hombre, cuando se cumple medio milenio de un descubrimiento que cambió la historia y la faz de la tierra.

Expo 92 debe ser foro de recuerdo en común, de reflexión y de proyectos de futuro; una cita de la humanidad en una fiesta de paz, porque las grandes ideas pueden engrandecerse aún más en un marco

festivo, gozoso... lúdico, como dice la palabra de moda; y porque quizás no hay mejor método para concentrar la atención en un mensaje que «divertirla», distraerla de la rutina o de la normal ocupación.

Alfredo Jiménez trabaja, como él sabe hacerlo, en dotar a Expo 92 de esos contenidos, actividades, mensajes y objetivos. Ha abierto un paréntesis en su labor universitaria, para pasar transitoriamente a esa situación que en la jerga administrativa se llama de «servicios especiales» (¡y tan especiales, en este caso!). Yo quiero agradecerse-lo hoy aquí, públicamente, en reconocimiento de sus renunciaciones. Renunciaciones que se perciben y se lamentan. En nuestra reciente visita a Guatemala, un conocido historiador de aquel país le preguntó, entre la curiosidad y el reproche, por el estado de sus investigaciones y publicaciones, extrañado de su descenso en los últimos años. Percibí cierto azoramiento en la respuesta de Alfredo Jiménez e interviene en su ayuda; «Alfredo trabaja ahora en una magna obra que se publicará en 1992; después volverá a sus investigaciones».

Alfredo Jiménez trabaja en esa «magna obra», pero, sobre todo, en que después deje huella. El legado beneficioso de Expo 92 es el objetivo final de la obra, el que puede contribuir a ese futuro mejor y a ese mundo nuevo. Un legado de beneficios para toda la comunidad internacional, protagonista del acontecimiento; para España, su organizadora y anfitriona; para Andalucía, que lo acoge en su territorio; y para Sevilla, la ciudad sede.

El nuevo académico —sevillano sabio— ha cerrado su discurso de ingreso con una sabia sugerencia: la creación en Sevilla, como uno de los legados de la Exposición, de un Instituto de Estudios Euroamericanos que lleve el nombre de nuestro Rey, D. Juan Carlos I.

Acertada propuesta, que se inserta en esa preocupación de hacer rentable la Expo, más allá del 92; bien elegidos el lugar, el nombre y la naturaleza de la entidad. La Isla de La Cartuja está llamada a ser, a partir de 1993, un excepcional «campus» de cultivo de los saberes, un recinto ordenado y dotado para la enseñanza y la investigación. Y entre las instituciones que albergará no debe faltar una específicamente dedicada a estudios superiores de la cultura occidental, del pensamiento que une las dos orillas del Atlántico, comunicadas a partir de 1492. Sevilla es, por muchos títulos, y no por circunstancias ocasionales, la sede idónea para ese centro: «Sevilla —en palabras de nuestro Rey—, por donde llegó América a toda Europa, y desde la que salió al ancho río de la vida europea dispuesto a mezclarse con la vida americana», tiene ahora la ocasión de volver a ser puerto y

puerta de las ideas y centro de comunicaciones de la civilización occidental. Ningún bautismo más justo y exacto para ese instituto que el patronímico propuesto por Alfredo Jiménez: el nombre del Rey de España, impulsor ejemplar de la conmemoración del V Centenario y de la Exposición Universal de Sevilla, mensajero de «la intuición de la vanguardia» y de «la visión del novísimo mundo» que se avizora tras 1992.

Tenemos que ayudar al alumbramiento de ese centro. Es, sin duda, también otra tarea colectiva, otra tema de todos. Harán falta, como en todo gran proyecto, «imaginación», «osadía en la concepción» — como para la Exposición «creadora» proclamó S.M. D. Juan Carlos I— y, naturalmente, medios materiales que garanticen la viabilidad y el adecuado funcionamiento del instituto. Yo confío, una vez más, en que la acción coordinada del sector público y del privado pueda convertir en realidad el proyecto de una Fundación que perpetúe, más allá del 92, los fines de la Exposición Universal, y en cuyo seno tendría su ámbito adecuado este Instituto, específicamente dedicado a una obra que acreditará el prestigio de España en servicio de Europa y de América; porque esa sigue siendo, inescindible, la vocación, la misión histórica y geopolítica de nuestra patria.

Aunque no con el apoyo de recursos económicos —que nuestra Corporación «goza del beneficio de la pobreza», como se dice en términos procesales—, la Real Academia acoge con ilusión y con interés la feliz iniciativa con que el beneficiario ha concluido su discurso de ingreso. Como acoge entrañablemente gozosa, en su seno, a su nuevo miembro de número.

En nombre de la Corporación que con justicia os llamó y con alegría os recibe, bienvenido seáis, Señor Académico.